Lázaro no miente

Jorge Aladro

A mediados del siglo XVI las prensas sacan a luz un librillo particularmente curioso: *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Libro que bien hubiera podido llevar como subtítulo pregón autobiográfico de un pícaro o, mejor dicho, de un arribista. Notable vida –la califica con humor Francisco Rico–. Lázaro de Tormes no es hijo del rey Perión de Gaula y de la reina Helisena, como Amadís, sino del molinero Tomé González y de la lavandera Antonia Pérez. «La cumbre de toda fortuna» es para él la boda con la amante de un arcipreste y un nombramiento como pregonero en la ciudad de Toledo[1].

Ya en el prólogo escribe Lázaro: «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona»[2] (89); palabras que dan a entender que Lázaro escribe su respuesta porque ha recibido una carta de «Vuestra Merced» preguntándole por un «caso», en el que Lázaro está obviamente involucrado. Pero a qué caso se refiere Vuestra Merced que ha llevado a Lázaro de Tormes, modesto pregonero en Toledo, a detallarlo tan cuidadosamente y «por extenso», y que al explicarlo desde el principio, ha acabado esbozando una autobiografía: «Pues sepa Vuestra Merced, ante todas las cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes» (91).

Señaló Rico que para averiguarlo, lo primero es advertir que no sólo Lázaro prodiga las expresiones dirigidas a la persona que solicitó el relato: «huelgo de contar a Vuestra Merced», etc. sino que incluso, en el último tratado, la figura de Vuestra Merced aparece en la narración. El protagonista, en efecto, ejerce un oficio real, «En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de Vuestra Merced» (173) y es feliz bajo la protección del «señor Arcipreste de Sant Salvador, mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced» (173), por las mismas fechas en que la ciudad de Toledo recibe a Carlos V con «grandes fiestas y regocijos, como Vuestra Merced habrá oído» (177). La misma temporalidad del relato implica que el caso al que se refiere «Vuestra Merced» debió de suceder en el momento durante el cual el pícaro salmantino y el destinatario de la carta llegaron a conocerse: el período historiado en el capítulo final. Lázaro es feliz en Toledo bajo la protección de buenas amistades, especialmente una, la del Arcipreste de San Salvador, que confió a Lázaro la tarea de pregonar sus vinos en venta y viendo

---

1 Francisco Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1989, 22.

2 Cito por la edición de Alberto Blecua, *La Vida de Lazarillo de Tormes*, Madrid, Castalia, 1972. Todos los subrayados son míos.

AISO. Actas V (1999). Jorge ALADRO. Lázaro, no miente
Centro Virtual Cervantes

su buena disposición le propuso casarlo con una criada suya. Lázaro aceptó tan beneficioso ofrecimiento y no ha tenido motivo ninguno para quejarse.

El buen Arcipreste, que ha resultado ser de gran ayuda para los recién casados, es generoso y desprendido; les ha alquilado una «casilla» junto a la suya, los invita a comer, etc. Desafortunadamente para el trío, en la ciudad de Toledo circulan ciertos rumores «diciendo no sé qué y sí sé qué», que si la mujer de Lázaro entra y sale de la casa del Arcipreste con demasiada frecuencia durante el día y durante la noche, naturalmente va «a hacer la cama y guisalle de comer», que si antes de la boda «había parido tres veces...». No es otro el caso del prólogo: la sospecha de un «ménage à trois» complacientemente tolerado por Lázaro. Pero Lázaro hace oídos sordos a los ignominiosos rumores, sólo porque «Vuestra Merced» es su señor y le ha escrito que «se le escriba y relate el caso muy por extenso» ha accedido el pregonero a explicar ese caso, reivindicando su honra y la de su mujer.

El caso es, pues, el pretexto de *La Vida del Lazarillo de Tormes*. Pero no sólo eso, es también el asunto último de la novela. La autobiografía, así, depende del caso y a la vez lo justifica. Lázaro, el individuo, asume el pasado en función de su presente de pregonero satisfecho con las mil mercedes que Dios le envía a través de su mujer y del Arcipreste[3]. Curiosamente Lázaro no había considerado apropiado explicar el motivo –el caso– de su carta en el prólogo de su autobiografía. En apariencia se trata de un descuido involuntario por parte de Lázaro, ya que tanto «Vuestra Merced» como gran parte de los toledanos conocen el caso, a nuestro autor no le pareció necesario mencionarlo al principio de su historia. El sorprendente descubrimiento de que Lázaro de Tormes ha culminado su arribismo social consiguiendo un puesto de pregonero en la ciudad de Toledo, gracias a su consentimiento de casarse con la conocida barragana del Arcipreste y vivir en público adulterio «no sólo constituye un golpe de efecto perfectamente calculado por parte del autor, sino que obedece a un propósito deliberado, que condiciona, cuando no invalida, en forma retroactiva, la veracidad, intención y sentido de todo lo relatado anteriormente»[4].

La revelación que Lázaro nos proporciona en el último tratado de su supuesta autobiografía nos descubre a un hombre lleno de cinismo y sin ningún escrúpulo. Por eso, el tratado séptimo se convierte en el núcleo de la autobiografía de Lázaro, ya que en él se aúna lo relatado anteriormente y, al mismo tiempo, justifica la estructura y la unidad del libro. Es en este mismo tratado donde se encuentra una de las principales claves de esta engañosa ambigüedad moral del protagonista; me refiero al juramento del tratado séptimo, el último de Lázaro:

> Mirá, si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por amigo al que me hace pesar; mayormente, si me quiere

---

3 Rico, *ibid.*, 24.

4 Vilanova, Antonio, «Lázaro de Tormes, pregonero y biógrafo de si mismo», en *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989, 281.

AISO. Actas V (1999). Jorge ALADRO. Lázaro, no miente
Centro Virtual Cervantes

> meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí; y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco; que yo juraré sobre la hostia consagrada[5], que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. (176)

Ya señaló el maestro Bataillon que este juramento es «la más graciosa antítesis del honor que nos ofrece la literatura española» ya que Lázaro está «dispuesto a defender con su vieja espada su felicidad más bien que su honor conyugal»[6]. No está de más recordar que Lazarillo siempre jura en falso: «yo le llevaba [al ciego] por los peores caminos, y adrede, y aunque yo juraba no hacerlo con malicia, sino por no hallar mejor camino» (103). Cuando cambia la longaniza por el nabo: «Yo torné a jurar y a perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio» (107). No así Lázaro el pregonero. Lázaro no miente. Desvergonzado juramento que pone en entredicho la fiabilidad de lo escrito por Lázaro, no sólo en lo que respecta a la veracidad de los hechos que relata, sino a la falsa apariencia de ingenuidad y buena fe que asume cínicamente al relatarlos. Y, al propio tiempo, es –como señalo Antonio Vilanova[7]– un reflejo perfecto del juego dialéctico de las contradicciones que encierra la duplicidad del carácter de nuestro protagonista, basada en la antítesis típicamente erasmista entre la falsedad hipócrita de las apariencias externas y la realidad encubierta de una profunda vileza moral.

Lázaro, que pregona la falsedad del caso, en realidad vende la autobiografía de su propia deshonra y la dudosa virtud de su mujer, bien conocida como pública amante del Arcipreste de Sant Salvador. Esto no debe sorprendernos; no es la primera vez que el autor nos revela y delata una relación sexual beneficiosa para el pícaro. La de su madre y el esclavo Zaide: «Y probósele cuanto digo y aun más, porque a mí, con amenazas, me preguntaban, y como ni yo respondía y descubría cuanto sabía con miedo» (94). Miedo que no tendrá Lázaro al relatarnos el adulterio consentido de su mujer:

> Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien comigo la había casado. En tal manera que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que ceso su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso. (176)

---

5 Significativamente, la alusión a la hostia consagrada se suprimió en el texto castigado de 1573.
6 Bataillon, Marcel, *Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*, Barcelona, Anaya, 1968, 68.
7 Véase el magistral estudio ya citado de Antonio Vilanova.

AISO. Actas V (1999). Jorge ALADRO. Lázaro, no miente
Centro Virtual Cervantes

El mencionado juramento provocaría sus buenas carcajadas al lector del siglo XVI. Su chiste, con la mala intención que encierra, no pasaría desapercibido a los contemporáneos del anónimo autor del libro. Veamos la popularidad y la reputación de las mujeres de Toledo en algunos refranes de la época, así como su directa relación con el juramento de Lázaro: «Espada, membrillo y mujer, si han de ser buenos, de Toledo han de ser»[8]. «Espada valenciana; broquel barcelonés; puta toledana y rufián cordobés»[9]. «En Toledo, no te cases, compañero: no te darán casa ni viña, mas darte han mujer preñada o parida»[10]. Nótese que, efectivamente, a Lázaro no le dan ni casa ni viña, pero sí le alquilan una «casilla» y pregona los vinos del Arcipreste; pero sí le dan una mujer que «había parido tres veces». Con mucho acierto decía Juan de Lara que «no hay parte en philosophia adonde no se pueda aplicar bien los refranes»[11].

Ahora bien, un análisis del último juramento de Lázaro, y la función a lo largo del libro de sus dos elementos más importantes: la mujer y la hostia consagrada, nos confirmarán la hipócrita actitud del pregonero en Toledo.

Veamos, ya en su niñez, Lázaro come gracias al amancebamiento de su madre con el negro Zaide: «vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a lo que nos calentábamos» (93). «Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, ... Déstas sacaba él [el ciego] grandes provechos» (98). «Era todo lo más que rezaba por mesoneras, y por bodegoneras y turroneras y rameras, y ansí por semejantes mujercillas que por hombre casi nunca le vi decir oración» (106). «Volvíme a la posada, y al pasar por la Tripería pedí a una de aquellas mujeres, y diome un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas» (139) (tratado tercero). «A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas... Que de la laceria que les traía me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba» (144) (tratado tercero).

«Las vecinas que estaban presentes, dijeron: Señores, éste en un niño inocente y ha pocos días que esté con ese escudero, y no sabe dél más que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios» (154) (tratado tercero). En el último tratado, la relación sexual entre su mujer y el Arcipreste de San Salvador conlleva para Lázaro substanciosos beneficios: «una carga de trigo; por las Pascuas, su carne; y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja. Y hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa» (175). Es decir, Lazarillo no se ha muerto de

---

8 Martínez Kleiser, Luis, *Refranero general ideológico español*, Madrid, Real Academia Española, 1953, núm. 22.666.

9 *Ibid.*, núm. 62.005.

10 Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. de Louis Combet, Burdeos, 1967, 134. Primero Américo Castro, (*Teresa la Santa y otros ensayos*, Madrid, Alfaguara, 1972, 258) y después Francisco Rico, (*Problemas del Lazarillo*, Madrid, Cátedra, 1988, 74) ya relacionaron este refrán con el Lazarillo.

11 Cit. F.C. Hayes, «The Collecting of Proverbs in Spain before 1650», Hispania, XX, 1937, 90. Con acierto, Hayes califica a los refranes de «evangelios pequeños».

AISO. Actas V (1999). Jorge ALADRO. Lázaro, no miente
Centro Virtual Cervantes

hambre gracias a la ayuda directa o indirecta de los «provechos» de «semejantes mujercillas»[12].

Veamos a continuación la función de la sagrada hostia en la vida de nuestro protagonista. Uno de los pocos tratados donde el Lazarillo tiene que apañárselas para comer sin la ayuda de las mujeres es en el tratado segundo: «Cómo Lázaro se asentó con un clérigo y de las cosas que con él pasó». Efectivamente, en este tratado Lázaro niño sólo come durante la celebración de los velatorios: «Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone que jamás fui enemigo de la naturaleza humana, sino entonces; y esto era porque comíamos bien y me hartaban» (116). Lo mismo sucede en el velatorio del tratado tercero: «Verdad es, Lázaro; según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y ve por de comer» (147). Aunque con distinto sentido, ya nos dice el refranero que «quien sin cenar se acuesta con muertos sueña»[13].

La otra oportunidad en que el Lazarillo se alimenta, si a eso puede llamársele alimentación, en el tratado segundo es cuando desmenuza el pan que su nuevo amo, el clérigo de Maqueda, tiene encerrado bajo llave en el arca. Visión que hace exclamar al hambriento niño: «veo en la figura de los panes, como dicen, la cara de Dios» (118) «que otra cosa no hacia en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que ansí dicen los niños» (120). En Correas encontramos la siguiente definición de Cara de Dios: «así llaman al pan caído del cielo, también se utiliza como sinónimo de la hostia», y en Autoridades: «como el vulgo llama al pan». Bien señaló Joseph V. Ricapito que el episodio del arca «se aclara más si se ve en el pan la Sagrada Hostia»[14].

Así, al poner como testigos de su hipócrito juramento a la hostia consagrada y a su mujer, el cornudo pregonero de Toledo no ha hecho otra cosa que jurar por lo más sagrado de su mundo: no pasar hambre.

Pero hay más, Lázaro, después de divulgar la verdad sobre su inmoral situación, pretende, a través de su hipócrito juramento, desmentir su vergonzoso estado de cornudo

---

12 Otros pasajes en que aparece la figura de la mujer en el Lazarillo son: «Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino para beber laváronme la cara y la garganta» (110) (tratado primero). «A esta hora entró una vieja que ensalmaba a los vecinos. Y comiénzanme a quitar trapos y curar el garrotazo» (127) (tratado segundo). «Hube de buscar el cuarto (el fraile de la Merced), y éste fue un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron» (157) (tratado cuarto). Aunque estoy de acuerdo con la afirmación de J. M. Alegre de que: «Las mujeres aparecen en contadas ocasiones en *La Vida de Lazarillo de Tormes*, y desde el principio hay que decir que no salen muy bien paradas de la pluma del pícaro.» Véase su estudio «Las mujeres en el Lazarillo de Tormes», Revue Romane, 16, 1-2, 1981, 3-21.

13 Kleiser, *ibid.* 29.693

14 Ricapito, Joseph V., «Cara de Dios: Ensayo de rectificación», Bulletin of Hispanic Studies, L, 1973, 145. Previamente, Juan Terlingen («Cara de Dios», Studia Philologica: Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso), Madrid, III, 1960-63, 463-78, defendió el significado de Cara de Dios como «comida, comida rica». Aunque estoy de acuerdo con Ricapito, la tesis de Terlingen no contradice mi argumento, sino que lo complementa.

AISO. Actas V (1999). Jorge ALADRO. Lázaro, no miente
Centro Virtual Cervantes

consentido. Pero no sólo eso, en el colmo de su desfachatez, el pregonero en Toledo hace cómplice y partícipe de su ignominia al mismísimo destinatario de la carta. «Vuestra Merced» es el lector; los contemporáneos lectores/destinatarios que se burlan y juzgan a Lázaro y a su mujer por su pública e inmoral relación. Por eso Lázaro hace hincapié cuando escribe que él y su esposa no son distintos a los demás. La mujer de Lázaro «que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo» (176) no es una excepción en la ciudad; ella es como todas las otras. Como Lázaro no es diferente de sus vecinos: «Y todo va desta manera: que confesando yo no ser mas sancto que mis vecinos» (89). Ya nos advirtió Lázaro en el tratado primero que «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mesmos!» (94) Es en ese mismo tratado donde el pícaro aprenderá su oficio. Sabido es que el tratado primero es fundamental en el proceso de aprendizaje de nuestro protagonista. Aprendizaje en el arte del cambiazo –usando la jerga del hampa– ; pensemos en el trueque de las medias blancas por blancas o maravedís, en el cambio de la longaniza por el nabo, y por último en la transmutación de la calabaza del toro por la del poste. Pero el mejor de todos, como en los «shows» de los grandes prestidigitadores, es el que cierra el espectáculo: el genial trueque/cambiazo entre Lazarillo (tratado primero) y Lázaro (tratado séptimo). El «caso» para los otros es el triángulo amoroso y beneficioso entre Lázaro su mujer y el Arcipreste; el caso de Lázaro es otro: la necesidad de comer y de llegar a ser como todos, por eso se compró con sus primeros dineros jubón, sayo, capa y espada. Ande él comido, murmure la gente, y si Vuestra Merced está libre de culpa tire la primera piedra, o dele de comer.

AISO. Actas V (1999). Jorge ALADRO. Lázaro, no miente
Centro Virtual Cervantes